

## La filosofía como noticia

De hecho, vemos que no sin asombro de muchos está viniendo a ser la Filosofía eso que los periodistas llaman "noticia". En el espacio de una semana acaban de aparecer en páginas destacadas de un gran diario dos comentarios a sendas obras de reciente publicación, que hablan de Arte desde una perspectiva rigurosamente filosófica. Este es, a mi ver, un fenómeno de largo alcance, que conviene destacar. Porque no se trata de una mera evasión de los filósofos de su tradicional torre de marfil y menos de un afán divulgador decadentista, sino, a la inversa, de una ascensión de la cultura a la Filosofía. Y esto, lejos de indicar una actitud epigonal, delata un ímpetu de creación y de juventud que a poco que se esfuercen las generaciones jóvenes puede darnos muchos días de gloria.

A fuerza de extremar las cosas, lo mismo en Ciencia que en Arte se ha llegado a un punto en que todo parece vacilar, los conceptos se reblandecen y acabamos todos por no saber a qué atenernos. Basta abrir las revistas y hojear los últimos libros sobre Arte. "El Arte Moderno—se dice—es la manifestación suprema de la capacidad expresiva del hombre." "El Arte Moderno es satánico, pues significa un desacato contra el orden de la Creación." ¿Podrá alguien guardar el equilibrio en este torbellino de frases apasionadas, minadas de equívocos y conceptos borrosos?

Nada extraño que en las generaciones más jóvenes empiece a cundir un cierto desencanto frente a un Arte agresivamente frío y a una Técnica que el hombre ape-

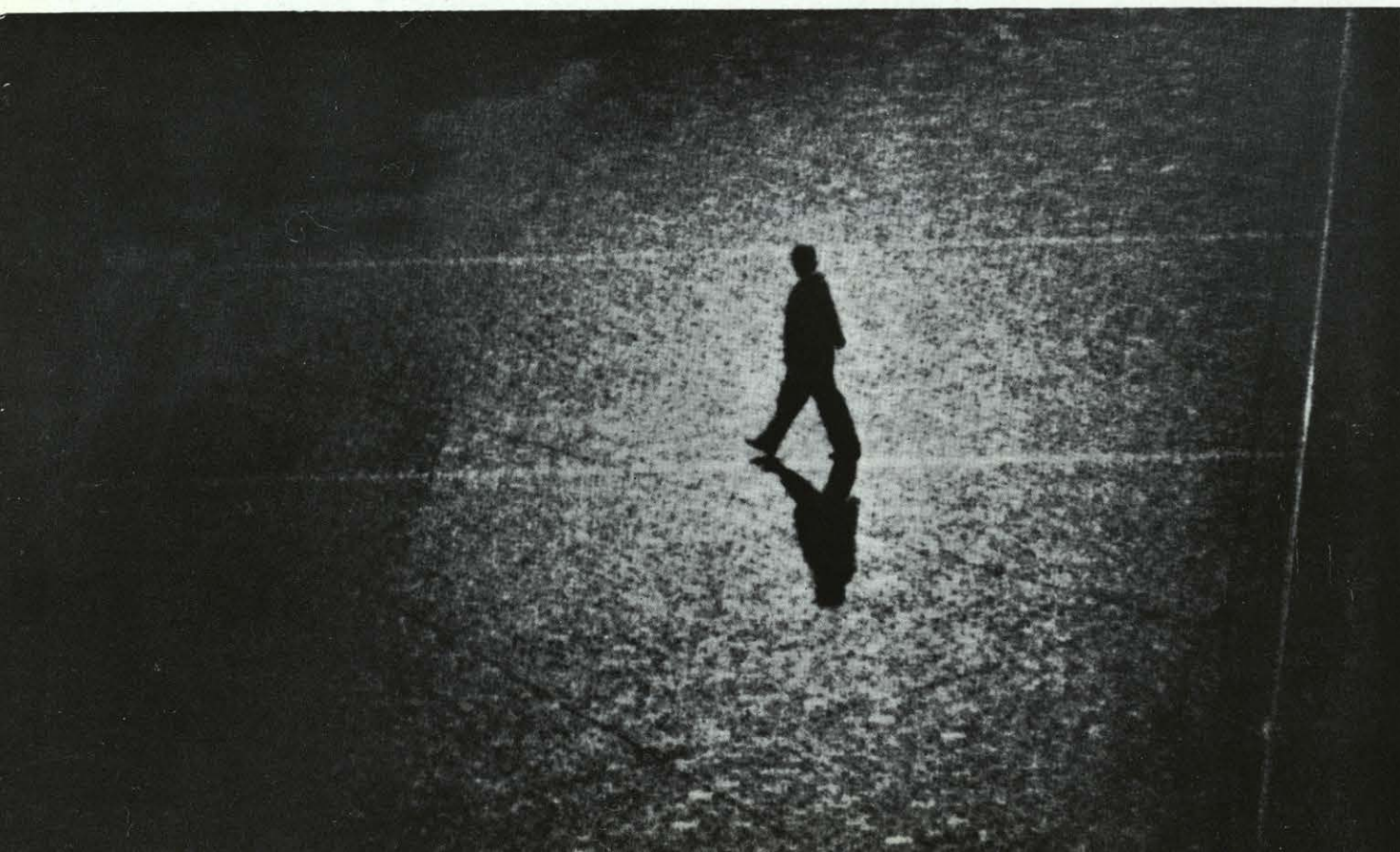
nas puede ya dominar. De ahí su vuelta a la Filosofía. Y digo vuelta porque la Historia nos revela que se trata efectivamente de un retorno a la unidad perdida.

En el reciente libro de Gilson *Pintura y realidad*, que acaba de ser traducido al castellano, se lee esta idea sobrecogedora: "Después de un proceso victorioso de liberación, la pintura actual no sabe qué hacer con su libertad. Y éste es su gran drama."

No sólo la pintura, sino todo el Arte y la Ciencia en sus más diversas ramas, se debaten hoy con las aguas desatadas de una libertad sin equilibrio, lograda a base de Dios sabe qué ilícitos despojos. Con razón vuelven sus ojos hacia esa disciplina que se definió siempre como "amor a la sabiduría".

Pero esta sabiduría es buscada actualmente de un modo especial en el estudio del hombre. Psicoanalistas, fenomenólogos, existencialistas, personalistas, etc., no hacen sino estudiar ese eterno desconocido que es el ser humano. Pero se da el caso que estas doctrinas hunden sus raíces en la llamada teoría de la objetividad. Cada una de ellas, cada autor incluso parte de una idea diferente acerca de lo que significa ser objetivo. ¿En qué consiste la verdadera *autenticidad* del hombre? ¿Cuándo se puede decir, por ejemplo, que una obra de arte es auténtica, *objetiva*, auténticamente humana?

Se comprende que haya insistido a lo largo de varios meses en el análisis de conceptos cuya suerte tal vez más de un lector juzgue ajena a la del quehacer arquitectónico. Pero tanto mayor es mi interés en advertir hoy que no intento en esta sección, titulada de un modo intencionadamente impreciso, ofrecer al lector





diversas notas de actualidad, sino claves para adentrarse con éxito en el ambiguo, rico y desconcertante pensamiento actual. La tarea no es fácil, pero su innegable fecundidad me instiga a poner el mayor empeño en llevarla adelante. Pues, como decía Emerson, nada se ha hecho sin entusiasmo.

Para concretar algo más este punto de vista quisiera recomendar al lector que, después de asimilar lo dicho en los artículos anteriores acerca de lo que es la objetividad verdadera, lea, pongo por caso, la defensa que del Arte no figurativo acaba de hacer F. Pérez Gutiérrez a expensas del arte tradicional. Al conocer de cerca los diversos sentidos de lo objetivo, podrá leer la obra entre líneas y percatarse de que la tesis en ella defendida se ampara en una teoría de la intuición y de la expresión a la que el autor apenas si alude. Y uno piensa que a estas alturas es ya hora de abordar los problemas con radicalidad, sobre todo si se adopta una actitud crítica.

Si hoy se constituyó el Arte en "noticia", ello indica que apasiona, al comprometer muchos extremos que definen el ser del hombre. Al poner en cuestión, por ejemplo, el Arte figurativo se arroja sobre la figura humana, y en general sobre los llamados "medios objetivos de expresión" una peligrosa sospecha de *inautenticidad*. Y el hombre actual es lo suficientemente sensible para advertir el drama que aquí alienta. Si la figura humana y en general todas las formas expresivas son algo meramente sensible, que no remite a un sentido ulterior y valioso, el Arte debe acudir a la expresión abstracta. Pero ¿quién no ve aquí un despojo injusto de las realidades más nobles que hay en el Universo?

Lo grave es que desde Descartes se dió en dividir el mundo en dos zonas distintas: las cosas y los espíritus, quedando sumidas en un abismo intermedio de incompreensión las realidades que, como el cuerpo humano, están a medio camino entre ambas, y son las que fundan los fenómenos expresivos. Por eso se da hoy afortunadamente tanta importancia al estudio del cuerpo humano y de la palabra, que son modos ambiguos de ser, pero muy adecuados para hacernos ver que la realidad es más compleja de lo que piensan esos simplificadores profesionales que suelen ser los tratadistas.

Nada extraño que, frente al despojo violento que hace de la realidad humana el colectivismo y el totalitarismo, centre G. Marcel la radiografía que hace del hombre actual en el estudio de los diferentes grados y aspectos de la *objetividad*. El hombre no es reductible a objeto, porque en el fondo es un misterio; un ser superior a lo mensurable, lo verificable por todos. El gran pecado de nuestra época es haber pretendido reducirlo todo a algo mensurable, por el halago que produce al poder que de esto se deriva para los profesionales de la violencia. "Hace doscientos cincuenta años, incluso

hace cincuenta años, el antisemita y el judío vivían en el mismo mundo, se encontraban como un hombre se encuentra con otro. Pero el antisemita moderno no ve al hombre, sino sólo señales raciales, el índice cefálico, la cabellera oscura, la nariz ganchuda... Y si no es ganchuda, hace que lo sea. No ve un ser vivo, sino un conglomerado abstracto que mide, rotula y cataloga. Ahora el judío se queda reducido a una figura de cera en una tienda, pero mientras el maniquí de sastre está envuelto en ropa, el maniquí racial está cubierto con números índices. La reducción del hombre a número muerto: esta es la última degradación. Si hay atrevimiento para confinar a los hombres en la estrechez de unos cuantos números, no pasará mucho tiempo antes que se le encierre en un campo de concentración" (3).

Los pensadores actuales se dividen en dos grandes grupos: los que exaltan lo *inobjetivo* a expensas de lo objetivo, es decir, lo inespacial-intemporal a expensas de lo sensible, y los que, por razones inconfesadas, exaltan lo objetivo para reducir lo inobjetivo a algo irreal. Entre los primeros se cuentan los existencialistas, como Jaspers, Heidegger, Marcel, y a los segundos pertenecen, por ejemplo, J. P. Sartre y A. Camus. Nuestro empeño actual es dar a ambos su valor, viendo lo objetivo no como ganga despreciable en que se esconde el contenido expresivo, lo *inobjetivo*, sino como medio de expresión que se glorifica al estar al servicio de una realidad que se expresa a su través, como se revela el sentido a través de una frase.

Así, el antropólogo alemán H. E. Hengstenberg define al hombre como un ser "superobjetivo" capaz de "objetividad", lo cual equivale a decir con Pascal que "el hombre se supera infinitamente a sí mismo". De aquí arranca la labor de Guardini, el humanista italiano injertado en germano, que consumió su fecunda existencia en mostrar al hombre hastiado de dos posguerras que su ser es trascendencia, no mero culto a la vida.

Todo lo que en el mundo tiene profundidad está dotado de poder expresivo, remite a algo más allá que lo trasciende. Si tuviésemos una idea cabal de lo profundo, sabríamos a qué atenernos respecto a la capacidad de las realidades sensibles para ser palabra que nos habla de algo suprasensible y perdurable.

Indudablemente, a la idea de *objetividad* le llegó su hora. Y prueba de ello son los libros siguientes: el citado de Gilson *Pintura y realidad* (Edit. Aguilar, Madrid, 1961); J. Maritain: *Creative Intuition in Art and Poetry* (A. W. Mellon Lectures, 1952); Gisèle Brelet: *L'interprétation créatrice* (P.U.F. Paris, 1951); Mikel Dufrenne: *Phénoménologie de l'expérience esthétique* (P.U.F. Pa-

(3) Max Picard: *Siete filósofos judíos encuentran a Cristo*, John M. Oesterreicher. Edic. Aguilar. Madrid, 1961.





ris, 1953); R. Guardini: *Vom Wesen des Kunstwerkes*, R. Wunderlich Verlag, Tübingen (4).

Desde diversos puntos de vista se persigue en ellos una meta común: descubrir la personalidad de la obra de arte y el carácter de diálogo o "encuentro" que tiene la experiencia artística. Ver en la personalidad y lo que

(Foto Gómez.)

ella implica el secreto de la verdadera objetividad: he ahí una intuición que dará al Arte el equilibrio que tan angustiosamente necesita.

(4) Hay una bella edición castellana en Edic. Guadarrama. Madrid, 1960.